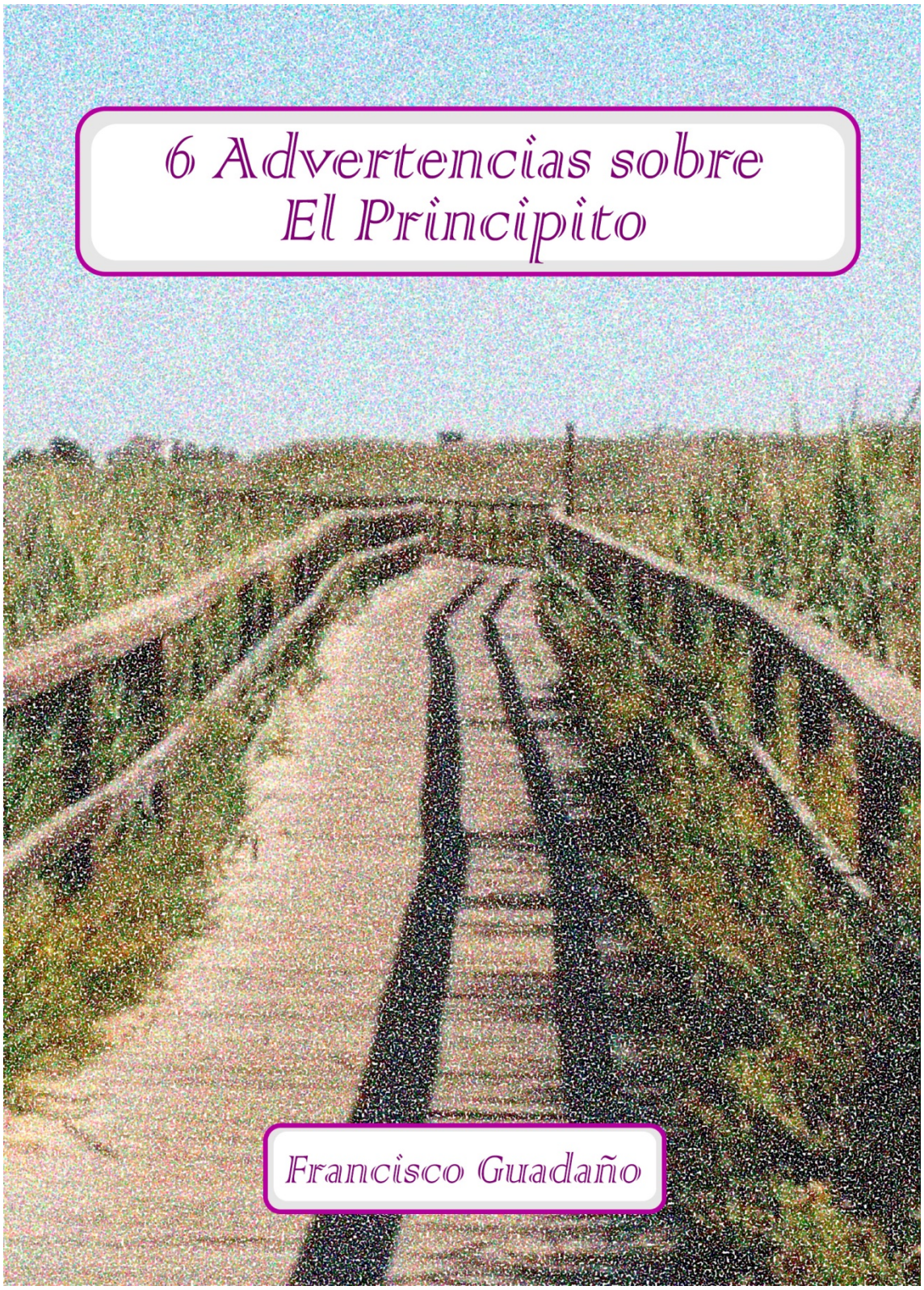


Páginas extraídas del relato *Lola, una adolescencia diferente*,
primer volumen de la trilogía *Lola*

# 6 ADVERTENCIAS SOBRE «EL PRINCIPITO»

Diálogo entre Aurelio y Lola

Me despertó de la siesta el tableteo de Lola sobre el teclado de su ordenador.

—¿Qué escribes, cielo?

—Trato de poner en orden mis ideas. Sobre las cosas de las que me hablas. Me da rabia saber que todo lo que nos dicen es mentira.

—Te entiendo, a mí también me pasa. Bueno, sigue con lo tuyo. Perdona por haberte interrumpido.

—No, pasa, prefiero que me hables.

Entré a su dormitorio y me senté en su cama.

—¿De algún tema en particular?

—Me da igual, todo es interesante cuando lo explicas tú.

—Pues, por ejemplo... De todos los libros que has leído, ¿cuál es el que más te ha gustado?

—No sé, he leído muchos. Quizás *El principito*.

—¿Por qué?

—Supongo que porque el protagonista es un niño.

—Un niño que a menudo habla como un adulto, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—Hay un escrito en internet que deberías conocer. Se llama *Seis advertencias sobre El principito*. Búscalo y lo lees en voz alta.

Lola hizo lo que le pedía:

«Primera advertencia: Más que una fábula, *El Principito* es un berrinche. Es la rabieta misógina y huraña de un hombre que se considera herido por el desamor de una mujer y por la incomprensión del resto de los hombres. Su resentimiento se manifiesta de un modo constante en el uso peyorativo de la expresión *personas mayores*».

—Sí, eso es verdad. Tanto hablar de las personas mayores resulta cargante, pero es que los niños son así. Se aprenden una frasecita y no paran de repetirla. ¿Sigo?

Asentí.

«Segunda advertencia: El autor, como los ventrílocuos, se sirve de un muñeco para divulgar sus fobias. Callado, el muñeco parece un niño impúber pero, tan pronto abre la boca, desvela su condición de *persona mayor aniñada*, lo que nos hace sospechar que se trata de un alter ego del autor».

—¿Qué es un alter ego?

—Es una expresión latina: *alter* significa «otro» y *ego* significa «yo». En relatos de ficción, el alter ego es un personaje que el escritor inventa para decir cosas sin dar la cara.

—A ver si lo entiendo: si yo hiciera algo que me diese vergüenza y te dijera: «Tengo una amiga que ha hecho esto», ¿esa amiga sería mi alter ego?

—Más o menos, por ahí van los tiros.

La satisfacción puso entre sus labios una sonrisa luminosa. Lola tenía unos dientes blanquísimos y cabalmente alineados. Buscó el punto donde había interrumpido la lectura.

—Bueno, me había quedado... aquí:

«lo que nos hace sospechar que se trata de un alter ego del autor. Escojamos algunas frases al azar: “Las personas mayores nunca comprenden nada por sí solas... Las personas mayores son bien extrañas... Las personas mayores son así...”. Unas las ha dicho el principito, otras el aviador. ¿Quién dijo cuál? Imposible saberlo».

Lola apartó la vista de la pantalla para mirarme encogiéndose de hombros.

—¿No lo entiendes? El autor de estas advertencias quiere dejar claro que el pretendido diálogo es, en realidad, un monólogo. Para demostrarlo, extrae tres frases que Exupéry pone en boca de dos personajes distintos. Pero todas parecen haber sido dichas por el mismo. En otras palabras: Exupéry utiliza personajes para hacer más ameno su relato, pero no sabe darles vida propia.

—¿Quieres decir que escribe mal?

—Bastante mal. En el Quijote, todos los personajes exponen las ideas de Cervantes, pero cada cual con su lenguaje y su filosofía, de modo que el lector siempre sabe cuándo habla don Alonso, cuándo Sancho, cuándo el cura y cuándo el ama de llaves.

—No he leído *El Quijote*.

—Todo se andará.

—Seguro que no me enteraría. Tienes que enseñarme a entender.

—Paciencia. Ya estás en el camino. Ahora sigue con las advertencias.

«Tercera: El principito está mal construido. Cuesta admitir que quien nunca ha visto un zorro o una serpiente reconozca un elefante dentro de una boa o distinga un cordero de un carnero. Inconsistencias como estas enturbian todo el relato. En el capítulo XXII, el principito reflexiona: “Solo los niños saben lo que buscan. Pierden el tiempo por una muñeca de trapo y la muñeca se transforma en algo muy importante, y si se les quita la muñeca, lloran”. ¿Cómo puede hablar del comportamiento de los niños quien dice no conocer ninguno? ¿Cómo habla de muñecas quien no ha tenido ninguna? Ni siquiera quien se la regale: es único en su especie, carece de progenitores, su génesis es un misterio».

—¿Qué es su «génesis»?

—Su origen. La misma raíz está en genética, generación, genital... Exupéry no explica qué madre pudo engendrar una criatura así.

—Yo, cuando lo leí, ni me di cuenta.

—Estoy seguro de que ahora lo verías con otra mirada.

«El material narrativo de esta obra es tan pobre que se desconcha a cada párrafo: en el mismo capítulo en que el niño dice que nunca antes había visto un zorro, afirma que “no era más que un zorro semejante a cien mil otros”».

Lola hizo una pausa, asintió con la cabeza y siguió leyendo.

—Cuarta advertencia:

«La conducta social de Saint-Exupéry fue tan incoherente como la literaria: se consideraba pacifista pero era piloto de guerra. Probablemente, también se considerase demócrata, pero expuso sus ideas mediante personajes monárquicos».

—España es una democracia y tenemos un rey.

—Democracia significa *poder del pueblo* y monarquía *poder de uno solo*. Al menos desde un punto de vista léxico la *democracia monárquica* es un contrasentido.

—¿Qué es un contrasentido?

—Una interpretación errónea de las palabras. Pero nos estamos apartando del camino.

—Es que dices unas palabras que no entiendo.

—Tienes razón. A tu madre le gustaba escucharme porque no le hablaba con un lenguaje profesoral. Se ve que he perdido la llaneza.

—O que yo no soy tan lista como ella.

—Lo serás.

—Bueno, sigo leyendo.

«El encuentro del principito con el rey es muy inquietante. Cuando el monarca se jacta de que hasta las estrellas lo obedecen, un poder tal debería horrorizar a cualquier amante de la libertad. Sin embargo, al niño le maravilla y llena de envidia: "¡Si él lo hubiera detentado...!". Saint-Exupéry escribía estas líneas al tiempo que Hitler intentaba hacer realidad una ambición de poder muy parecida a la ensalzada por su personaje. Si el poder absoluto debe repugnar en cualquier época, ¿no era esa, precisamente, una de las menos apropiadas para hacer su apología? Aún podemos encontrar otra connotación entre Hitler y el principito en la fascinación por el genocidio. El principito encuentra "magnífico" el manto de armiño con el que el rey cubre todo el planeta, sin que le preocupe cuántos animalitos hubo que matar para hacer un manto así. Seguramente, ni se le ha pasado por la cabeza (los niños no se preocupan por las cifras, dice el autor)».

—Esto sí que me pareció mal. Como no me gustan las pieles...

«En todo caso, no hay motivos para pensar que Saint-Exupéry sea fascista. Es solo que lo asustan los que piensan. Por eso, su rechazo hacia las personas mayores no alcanza a todas. El principito confiesa que de todos los personajes conocidos el que más le gusta es el farolero, alguien que consume su vida afanado en algo que no comprende, que no hay que comprender: "La consigna es la consigna". ¿Otra connotación?».

—Un día me tienes que hablar de Hitler. Si lo crees importante.

—Mucho. Sobre todo porque su espíritu sigue vivo y en cualquier momento puede repetir su hazaña.

—¿Fue un héroe?

—No precisamente. Lo de hazaña era un sarcasmo.

—Bueno, voy a terminar esta advertencia, que la he dejado a medias. Es que es muy larga:

«Lo cierto es que en este apartado no hace falta entrar en profundidades para tropezar con afirmaciones inadmisibles, como cuando el principito dice que el rey "era un monarca *absoluto*, pero *muy bueno*". El antagonismo entre estos términos ya había sido expuesto, siglos antes, por los ilustrados, hombres de mentes mucho más esclarecidas que la de Saint-Exupéry. El mismo niño desmiente la bondad del monarca al rechazar el cargo que se le ofrece porque eso le obligaría a firmar condenas de muerte».

—A ti no te gustan los reyes, ¿verdad?

—No. Para que haya reyes tiene que haber súbditos y a mí no me gusta ser súbdito de nadie. Y menos de alguien cuyo mayor mérito es haberse criado en un palacio.

—También quiero que me hables de eso, pero otro día que, si no, no acabo nunca:

«El principito dice que este rey tan *bueno* "no toleraba la desobediencia". Parece que en el juicio del principito pesa más la estirpe que su condición infantil porque, como dijo Cocteau: "¿Qué sería de los niños sin la desobediencia?"».

—¿Los niños deben ser desobedientes?

—O eso o autómatas[1].

—Pero los niños son caprichosos.

—Los adultos también.

—Eso es verdad.

«Quinta: El mensaje de Saint-Exupéry puede hacer mucho daño porque lo más parecido al amor que ha conocido es la domesticación. Por eso dice "domesticar" donde otros decimos "amar". En el capítulo VII hay un simulacro de discusión entre el aviador y el principito acerca de las mujeres mediante el cual Saint-Exupéry se evoca a sí mismo, años antes, cuando aún su corazón no había sido herido por la "maldad de las flores"».

—¿Por qué dice que las flores son malas?

—Si al coger una rosa te pinchas con una espina puedes pensar que has sido torpe o que la rosa te ha traicionado. En *El principito*, la rosa personifica a la mujer de Saint-Exupéry, Consuelo Sucín.

—¿Fue una mujer mala?

—¡Qué va! Dos años después de la muerte del aviador, Consuelo escribió sus *Memorias de la rosa*. En ese libro revela cómo su marido la violentó ya el día en que se conocieron. Luego, durante los catorce años que duró su matrimonio, tuvo que soportar las continuas ausencias e infidelidades de su marido, además del escarnio del círculo de adictos, aduladores y gorrones del escritor, entre ellos André Gide, que no perdía ocasión de ponerla a parir.

—¿Y dices que la violó?

—No: que la *violentó*. La invitó a subir a una avioneta para dar un paseo romántico. Una vez a bordo, Antoine exigió a Consuelo la promesa de que sería suya. Ella se resistió y él empezó a hacer cabriolas con la avioneta hasta que, horrorizada, pensando que, si no aceptaba, aquel sería el último día de su vida, Consuelo accedió a lo que él le pedía.

—¡Pero entonces Saint-Exupéry era un ...

—¡Chisss! Las personas educadas no dicen esas palabras.

—Iba a decir un pájaro de cuidado.

—¿De verdad? Pues le cuadraba mejor la otra.

—Bueno, a ver si acabo.

«Más adelante, la misma voz advertirá del peligro femenino: "Las serpientes son malas. Pueden morder por placer"».

—Sigue hablando de su mujer, ¿verdad?

—Chica lista.

—Voy a por la última:

«Sexta: Todo resentimiento desemboca en el mar de la segregación. El de Saint-Exupéry no escapa a la norma, de ahí su exposición sobre las buenas y las malas hierbas: "Si un baobab no se arranca a tiempo, ya no es posible desembarazarse de él. Invade todo el planeta. Lo perfora con sus raíces. Y si el planeta es demasiado pequeño y si los baobabs son demasiado numerosos, lo hacen estallar. No me gusta mucho adoptar tono de moralista. Pero, por una vez, salgo de mi reserva. Y digo: ¡Niños! ¡Cuidado con los baobabs!" ¡Cuánto odio hay en este anatema! Da igual contra quienes alerte Antoine. Su rencor universal navega en las mismas aguas que las

[1] *Autómata: Persona estúpida o excesivamente débil, que se deja dirigir por otra*. DRAE

persecuciones de negros, de judíos, de comunistas... *El Principito* fue publicado por primera vez en los Estados Unidos, país que desató poco después una feroz caza de brujas contra la inteligencia».

—¿De verdad? ¿Hubo una caza de brujas el siglo pasado?

—Hubo varias. Y las sigue habiendo. Solo que las brujas y los métodos empleados para eliminarlas son diferentes en cada época. Aquí se refiere a la más famosa de todas: la llevada a cabo en los años cincuenta por un senador estadounidense contra la libre expresión. Se llamaba McCarthy, y Walt Disney fue uno de sus colaboradores.

—¿Walt Disney? Da un poco de miedo saber.

—Por eso la mayoría de las personas meten la cabeza bajo el ala. Pero no todas. En aquel tiempo hubo escritores verdaderamente sensibles, como Arthur Miller, que escribió *Las brujas de Salem*, una obra en la que denuncia la miseria humana que siempre hay tras una caza de brujas. También tenemos que leer esa obra.

—¿Te enfadarás si te digo una cosa?

—Aun sin saber de qué se trata, ya te digo que sea lo que sea no me enfadaré contigo.

—Es que estas advertencias están muy bien, pero me divertí más leyendo el libro.

—Lo entiendo. Tenemos que asumir que el ser humano deja mucho que desear. Por alguna ley no escrita, preferimos el juego, al estudio; el ocio al trabajo; golpear más que ser golpeado y decir la verdad nos crea más enemigos que mentir.

—Pero tú siempre dices la verdad y somos amigos.

—Otra ley dice que quien estudia, trabaja, no agrede y dice la verdad tiene una mayor calidad humana. Tú y yo somos así. Por eso nos reconocemos el uno en el otro.

Lola se llevó dos dedos a los labios, puso en ellos un beso y lo sopló hacia mí, que lo cacé al vuelo.

—Acabas de cumplir con la segunda regla. Este beso no ha llegado a su destino porque has preferido tirarlo a levantarte de la silla y venir a dármelo.

Al instante la tuve sentada a mi lado, colgando de mi cuello y llenándome la cara de besos mientras decía:

—Eres muy listo, pero no lo sabes todo. Hay otra ley más fuerte que esas. La del cariño.